

El estado de la materia



Mila Sagan

*Materia, eres
una reina danzante
que cuenta historias,
que pervive
como un milagro
de eones.*

*A todos los héroes anónimos que fueron partes invaluable de estas historias:
A.C., C.C., S.Q., W.M., y tantos músicos y artistas que también me inspiraron.*

A mi madre, que le dio la vida a mi escritura.

A mi hermana, cuyo aporte fue especial y esencial para este libro.

A S.A. por acompañarme en el tramo final de la aventura.

Simplemente, gracias por existir.

Cuarenta hombres muertos.

El horizonte era una línea de colinas azules, sobre las que descansaba una alargada nube rosada y como somnolienta. El cielo plomizo auguraba una lluvia que no se dejaba caer; el resto del paisaje era pura roca y un camino desgastado que se perdía en la distancia. Alrededor había unas pocas casas de madera, antiguas y aparentemente abandonadas. En el porche de una de ellas, un hombre vestido de vaquero, abrigado con un enorme piloto, fumaba distraídamente un cigarrillo interminable.

De repente, de la nada, apareció una chica. El hombre la miró. Llevaba equipaje, una palidez lastimera y el ceño fruncido, expresando cansancio y tal vez confusión. Le devolvió la mirada al fumador, descargó su equipaje y dio unos pasos hacia el porche.

-Buenos días –dijo el hombre.

-Buenos días –respondió la chica, y se volvió a otear las colinas-. O tardes. Nunca se sabe en este lugar, ¿cierto?

-¿Estás hace mucho aquí?

-No lo sé. ¿Y tú?

-Tampoco. A veces no recuerdo nada y otras estoy observando durante horas lo que pasó antes. ¿Cómo te llamas? Yo soy Benjamin.

-Ana. Bueno, tú por lo menos sabes algo. Creo que yo acabo de llegar. Es extraño.

-Sí que lo es –corroboró Benjamin, y le dio una pitada a su cigarro.

Permanecieron unos minutos en silencio, mirando simplemente alrededor.

-Hace frío –comentó Ana.

-Es habitual –afirmó Benjamin-. Pero, ¿te sientes bien? ¿Has comido algo? Tengo un sándwich aquí si quieres.

-¿De veras? –Ana se acercó y se sentó junto a él en el porche-. No pensé que hubiera comida.

-Hay cigarros...

-Pero nunca se sabe –repitió Ana, y tomó el paquete de papel metalizado que Benjamin le daba. Se mantuvieron en silencio mientras ella comía; cuando terminó, hizo un bollo con el envoltorio, y se dedicó a mirar, todavía con el

ceño fruncido, a alguien que, por el camino, se adentraba en el pequeño poblado. Benjamin echó un vistazo también: se trataba de un muchacho, quizás de la misma edad que Ana, de rasgos asiáticos y un aire cansino. Por todo abrigo llevaba una camisa de estilo escocés, desabotonada, sobre una remera grisácea, pero no parecía percibir la baja temperatura reinante. El chico se aproximó al porche, observando a Benjamin y Ana; al llegar suspiró profundamente.

-¿Qué hora es? –preguntó, aunque aparentemente sin interés en la respuesta.

-No hay hora –contestó Ana-. Pero no es tarde.

-¿Llegaron hace mucho?

-No estoy seguro –dijo Benjamin-. Creo que sí. Pero Ana acaba de venir.

-Oh –dijo el joven, e hizo una especie de gesto afirmativo con la cabeza. Miró el camino y después se volvió de nuevo hacia ellos, extendiendo una mano. – Soy Jin, por cierto. –Se saludaron, y él volvió a escudriñar el camino. – ¿Creen que falten muchos más?

-Es posible –dijo Ana-. ¿Y tú... de dónde vienes?

-Yo vivo aquí –respondió Jin-. Me fui hace un tiempo, brevemente... y ahora he regresado para esto.

-¿Has estado solo?

-Casi siempre. Aunque de vez en cuando aparece But.

-¿Quién es?

-No sé si es hombre o mujer. Es raro. Es adulto, es callado, y va usualmente con un saco marrón y viejo y un cuaderno en el que toma notas. Sus ojos son muy azules y taladran la oscuridad.

Ana tragó saliva, como si esa descripción le hubiese causado alguna clase de sensación.

-No será él, ¿verdad? –preguntó en voz baja.

-No –dijo Jin con firmeza.

-¿Cómo estás tan seguro?

-Sólo lo sé –repuso Jin-. No es él.

-Vamos a bailar, alrededor del fuego –entonó un coro súbitamente-, cantando y riendo, pues esto es un juego.

Benjamin, Ana y Jin miraron hacia el centro del poblado, justo donde el camino terminaba. La canción provenía de tres niñas de cabellos rizados y cobrizos, ataviadas con elegantes vestidos celestes y relucientes zapatitos de charol, que daban vueltas y saltitos alegremente, aunque en realidad no hubiera ninguna fogata. Pronto desarmaron la ronda y corrieron hacia el porche donde estaban los otros; se pararon en hilera frente a Benjamin y Ana, junto a Jin, sonriendo entre sus cutis de porcelana y sus pecas retintas, y se presentaron:

-Soy Merry –dijo una.

-Yo me llamo Pops –dijo otra.

-Y yo soy Lena –dijo la tercera.

-Soy Ana -se presentó ella-. ¿Están solas? ¿Las ha traído alguien?

-No sabemos –respondió Pops-. A veces nos encontramos despiertas aquí y otras veces dormimos en algún otro lugar. Y nunca hemos visto a nadie.

-Pero no estamos solas –aclaró Lena-. Vendrán más.

-¿Cómo saben eso? –inquirió Ana.

-Oh, habrá una fiesta... -deslizó Merry, y sin rodeos las tres hermanas se fueron corriendo a jugar.

-Tienen razón –aseguró Benjamin y, quedamente, encendió otro cigarrillo.

Transcurrieron algunos minutos, o quizás un día entero. Jin se apoyó en la baranda que bordeaba el porche, sin que pareciera cansarse jamás de hallarse en pie; las niñas continuaron con su baile y sus cancioncillas; Benjamin fumaba cigarros que tardaban un lapso considerable en consumirse; Ana rebuscó en sus cosas y se puso a leer un libro desgastado que encontró. En algún momento, las trillizas se agotaron o se aburrieron y fueron a sentarse junto a los demás; desde entonces el frío se intensificó sutilmente, y el silencio, como un ser invisible y suave, comenzó a imponerse sobre el grupo, al que nada de eso pareció incomodarle.

-Habrá una fiesta... -murmuró Benjamin distraídamente.

Después de un tiempo que no podía medirse, todos miraron hacia algún punto del poblado en particular. Como obedeciendo a sus ojos, en cada uno de los sitios empezaron a aparecer individuos, saliendo de las casas, viniendo por el camino o asomándose desde detrás de un edificio. Eran muchos, y

todos ellos diferentes: hombres, mujeres, adolescentes, niños, que vestían ropas de distintos estilos, y llevaban tonos de piel y rasgos variados, y que conocían sus nombres y sólo alguna otra cosa. Algunos llevaban bolsos o carteras, y otros iban solamente con lo puesto; hablaban entre sí, sonreían, o callaban y observaban, con un aire exhausto. Poco más de tres decenas de figuras se materializaron en aquel lugar, y aunque todas estaban haciendo algo más o menos distinto, no había ni una a la que no envolviera cierto halo como calma y pensativo, pues todos se hallaban en una indudable espera.

Justo en el instante en que las tres decenas se pusieron a andar al unísono hacia el porche del primer grupo, Benjamin preguntó:

-Jin, ¿dijiste que But va tomando notas?

-Así es –confirmó el chico. Ana apartó la vista de su libro, interesada; pero el diálogo no iba a durar mucho.

-¿Sobre qué?

-Sobre todo...

La gente llegó a ellos; los que estaban visibles saludaron con un gesto; el silencio y el frío redoblaron su peso, como si una cruda atmósfera les tapara los oídos; nadie habló para no romper con ella; Ana cerró su libro y miró a Benjamin.

Él exhaló una vaharada de humo plomizo como el cielo que no cambiaba de ninguna forma, y se volvió hacia la puerta de la casa que parecían guardar.

Los otros treinta y ocho miraron.

Un hombre, o una mujer, de saco marrón y viejo y ojos azules que taladraban la oscuridad, salió del interior y fue hasta donde la multitud pudiera verle. Les echó un amplio vistazo, y esbozó una sonrisa triste pero bella. Ya no llevaba ningún cuaderno.

-¿Están listos? –inquirió.

Asintió sólo una mayoría, aunque no había ninguno que dudara.

-Vamos –dijo But, y bajando del porche se internó en el grupo para atravesarlo y seguir. Los demás fueron tras él; Benjamin arrojó su último cigarrillo y, junto con Jin, Ana y las trillizas, se encargó de cerrar la marcha.

Al fin comenzó a llover a cántaros mientras iban hacia una iglesia blanca que no había estado allí antes. No tardaron en empaparse, y varios,

principalmente los niños, empezaron a tiritar ininterrumpidamente. Pero no les importó, ni a ellos ni a nadie más.

No se detuvieron al llegar. Mientras cruzaban el portal todos pensaron en las mismas palabras, que pertenecían a una canción que habían oído alguna vez: *Qué será, será... pues lo que será... El futuro no es nuestro para verlo... Lo que será, será...*

Fueron hasta el altar, en el que descansaba un ataúd abierto, y se pararon entre éste y los bancos. Benjamin, Ana, las trillizas y Jin quedaron por casualidad al frente; But avanzó y se puso a contemplar al muchacho que yacía pálido y como dormido en su interior. Ana fue la única que se aproximó a verlo también, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Miró a Jin.

-¿Lo sabías? –le preguntó en voz baja-. ¿Sabías que tú eras él?

-Sí –contestó Jin-. Pero, al fin y al cabo, todos somos uno...

Le tendió la mano a la joven; ella la tomó, y Jin se enlazó con Benjamin, y el hombre con las niñas; y todos se aferraron a alguien, sintiendo un poco de miedo pero con la certeza de lo inevitable, hasta que But, el último, asió una de las manos apenas heladas del chico en el cajón, y los cuarenta cerraron fuertemente los ojos.

-¿Cómo se llamaba? –quiso saber la estudiante, hundiendo una mirada extrañada y a la vez interesada en su profesor, que era un médico.

-Jin Wan –respondió él, rescatando el nombre de entre sus pensamientos. La vacía aula universitaria a su alrededor parecía fabricar su propio aire gélido, aunque sólo era primavera. –El colapso nervioso que sufrió lo condujo a un estado de coma del que no salió. Después de todo, fue lo mejor que pudo pasarle. Aunque, como profesional, no debería decirlo.

-¿Cuántas personalidades dijo que tenía? –preguntó la estudiante.

-Cuarenta –dijo el profesor-. Muy diferentes entre sí y bastante dignas de estudio, por cierto. Tampoco era un mal chico. En su mayoría eran pacíficas, lo cual constituye una singularidad sorprendente. Pero no dejaban de ser una difícil enfermedad.

-Pobre muchacho –dijo la estudiante, bajando una mirada ahora plena de lástima.

-Que en paz descanse –dijo el profesor.

Cuando abandonaron el aula, los dos tarareaban las palabras de una canción que habían oído alguna vez, y que los siguieron como una estela invisible al irse cada uno por su lado:

Qué será, será... pues lo que será... El futuro no es nuestro para verlo... Lo que será, será...

Fantasma.

El fuego en la chimenea crepitaba dulcemente, alimentándose de una madera que despedía un perfume sutil que viajaba en oleadas. Sinclair lo sentía en el rostro, en el olfato, en el tacto; y le agradaba, y lo aspiraba cada vez que llegaba a sus sentidos. Aunque no era que el resto de la pequeña sala no fuese confortable: unos estantes cargados de libros, un escritorio robusto con dos sillas y una ventana reducida que daba a un jardín nevado era todo lo que Sinclair necesitaba en ese momento. Sentía que podía pasar mucho tiempo más allí.

El joven hombre posó sus ojos azul claro en la ventana, justo a tiempo para ver caer una hoja solitaria desde la rama muerta de un árbol. Luego miró su reloj pulsera, al que tuvo que distinguir entre el montón de libros y papeles que, amparados por una luz ámbar, cubrían el escritorio. Eran las siete y cuarto. La hora justa. Vigiló la puerta, que permanecía cerrada. Debía abrirse en cualquier momento. Sinclair tembló levemente, nervioso. En cualquier momento...

La puerta se abrió y una mujer de ojos color oliva y sonrisa deslumbrante entró por ella. Sin poder contenerse, Sinclair dio un salto y fue a estrecharla en un abrazo; la mujer lanzó una risita, y cuando se separaron observó al muchacho con gran sorpresa.

-¡Oye! ¿Estás bien? –preguntó.

-Sí –asintió él, aún nervioso y algo avergonzado-. Es que... llegué a creer que no vendrías.

-¡Oh, no seas tonto! –dijo la mujer, y cerró la puerta tras de sí. Fueron a sentarse en las dos sillas. –Misma hora, mismo lugar, ¿no?

-Puede pasar que un día no aparezcas, Maya.

-Sinclair, te preocupas demasiado. No te será fácil librarte de mí, ¿sabes?

-Eso espero...

Maya acentuó su sonrisa.

-Muy bien –dijo, y empezó a accionar un aparato de radio que había a un costado-. Primero lo primero. Encender esto...

Pronto comenzó a sonar una melodía cuyas palabras eran simples y tiernas. La melodía se elevó por los aires e invadió la habitación tanto como el perfume de la madera: *Oh, mi amor... Cariño, he ansiado tanto tu contacto... Por un largo y solitario tiempo...*

-Siempre la misma canción –comentó Maya, que nunca dejaba de sonreír-. Todo es muy, muy extraño.

-Sí... -murmuró Sinclair distraídamente.

-Bueno –dijo Maya-, vamos a trabajar. ¿Qué hacías cuando llegué?

-Te esperaba –contestó Sinclair. Maya compuso una expresión de impaciencia. –Oh, no te inquietes. También comencé a escribir lo que me sucedió. Tal vez intentaba encontrarle algún sentido.

-Genial. ¿Te gustaría leérmelo?

Sinclair fijó la vista en unos papeles que tenía justo delante.

-“Empezó un trece de julio. Estaba en este mismo estudio, en la antigua casa que mi familia hereda generación tras generación. Afuera nevaba con calma. Hacia el final del día, exhausto de largas horas de escudriñar libros para mi tesis, me quedé dormido en mi asiento. Cuando desperté, comprobé en mi reloj que volvía a ser trece de julio. Y así siguió ocurriendo durante varios días, que han sido el mismo.”

-Ah, ¿no mencionas mi aparición? –preguntó Maya, falsamente ofendida.

-Bueno, quizás debería haber agregado “Lo único que cambió fue que a las siete y cuarto de la mañana empezó a venir una chica llamada Maya que asegura que estamos en un año anterior al que yo estoy viviendo y que ella reside aquí con sus padres y hermanos, que nunca me han visto ni oído.”

-“Maya cree que Sinclair es un fantasma del futuro y que la situación de los dos es no sólo peculiar sino única, porque Sinclair está atrapado en un bucle temporal en su pasado y Maya es una participante de ese pasado que todos

los días, que para ella son distintos, entra conscientemente al trece de julio, es decir, al epicentro del bucle.”

-¿Mencionaremos que acordamos en que no saliera de aquí por temor a que quede atrapado en esta época? –inquirió Sinclair.

-Acabas de hacerlo –señaló Maya-. Igualmente, ninguno anotó nada de lo último.

-Vaya –dijo el muchacho, oteando los libros y hojas sueltas que había sobre el escritorio, como si buscara tardíamente dónde escribir-. Bueno, pero los dos conocemos los hechos.

-Sí, así que encontremos una solución a tu singular problema, jovencito.

Sinclair suspiró profundamente, con tristeza.

-¿Qué pasa? –quiso saber Maya.

-Nada. Es que ya me he devanado los sesos pensando y no hallo la forma de salir. Es decir, ni siquiera sé cómo entré. No hay nada. Es como algo mágico y yo no poseo ninguna clase de habilidad con que pueda enfrentarlo.

-Vamos. Dijiste que estás haciendo una tesis; eres inteligente; podrás concebir algo.

-No todas las personas que hacen tesis son inteligentes.

-Pero tienes por lo menos cierto grado de entendimiento. Y yo estoy aquí para poner tus ideas en orden.

Sinclair chistó y desvió la mirada.

-¿Por qué no quieres que te ayude? –preguntó Maya, repentinamente desanimada-. ¿Por qué nunca quisiste realmente?

-No creo que haya ayuda –repuso el joven.

-Sí la hay. Oye, me has hablado de Mireille, tu esposa, y de tu vida allá. ¿No quieres volver?

Sinclair calló.

-Mira... hay una razón por la que tengo la capacidad de entrar todos los días a este día, estar en este lugar y hablar contigo. Debe haberla. Debemos poder descubrir juntos un modo de enviarte de regreso. Sin...

-No puedo volver.

Hubo un silencio.

-¿De qué hablas? –inquirió Maya desconcertada.

-No puedo volver todavía... -Los ojos de Sinclair se llenaron rápidamente de lágrimas.

-¿Por qué no? Sin, estás atorado en este sitio hace mucho tiempo, ¿por qué no te esforzarías en hallar...?

-Porque no puedo perderte –dijo él, y la observó mientras un par de lágrimas brillantes surcaban su rostro-. No puedo alejarme de ti. No aún.

-Sin... -Maya le miró con una mezcla de extrañeza y preocupación- ¿por qué me tienes tanto cariño?

Los ojos azul claro del joven hombre lloraban en silencioso desconsuelo, y se prendían de la imagen resplandeciente de aquella hermosa chica, que en ese instante trataba de verlo y no podía.

-Porque eres mi mamá –dijo Sinclair finalmente, y Maya sintió que le tiraban un baldazo de agua encima-. Eres mi mamá. Vas a ser mi mamá, morirás siendo yo pequeño, y no podremos estar juntos jamás. Por eso no puedo irme, porque quiero estar contigo.

La mujer se levantó velozmente, rodeó el escritorio y abrazó con fuerza a Sinclair. Permanecieron así unos minutos; cuando se separaron, Maya volvió a su silla, tomó una mano del muchacho y la mantuvo aferrada mientras le contemplaba, apenada.

-Sinclair –dijo entonces-, me has mentado.

-¿Sobre qué, mamá? –preguntó él, enjugándose el llanto.

-Has dicho que no sabes cómo entraste. Pero si estás aquí voluntariamente, eso no puede ser cierto.

-Claro que lo sé. Y sé cómo salir. Pero no veo el momento adecuado. Aún no me siento capaz.

-Sabes que no deseo que te vayas, me agradas mucho y ahora incluso más... pero creo que a la larga no te será beneficioso quedarte entre estas cuatro paredes, Sin.

-Lo sé. También espero que comprendas cuán difícil me resulta la idea de terminarlo.

Maya asintió.

-Y... he cometido un error en realidad al contarte la verdad. Puede afectar el continuo temporal.

-Quizás... aunque quieras, no puedas evitar mi muerte, Sin.

-*Dime si aún eres mía... Oh, necesito tu amor... Necesito tu amor...* -canturreó la radio, que seguía transmitiendo aquella tierna melodía.

-Te propongo algo, muchacho –dijo Maya-. Mañana vendré una vez más. Estaremos juntos todo el día. Por suerte, nadie más que yo ha querido usar el estudio desde que llegaste. Al final de la jornada, me explicarás cómo hiciste el bucle, luego nos despediremos y te irás. ¿Qué dices?

-Está bien –convino Sinclair-. Sí, está bien.

-Nos vemos, hijo. –Maya besó al joven en una mejilla y abandonó la sala; Sinclair se quedó mirando la puerta, y luego, tratando de que las lágrimas no volvieran a rebalsar sus ojos, tomó un libro de física que mostraba un par de ecuaciones en las páginas que estaban abiertas y se puso a repasarlo.

La hoja cayó de la rama muerta, y Sinclair escrutó el reloj justo en el instante en que marcaba las siete y cuarto. La puerta no tardó en abrirse, y Maya se deslizó ágilmente a través de ella. Echó un vistazo al jardín nevado que se veía por la ventana, y mientras encendía la radio para oír por milésima vez la misma canción, dijo:

-¿Sabes?, nunca te conté que afuera en realidad es verano. Ese árbol está por caerse bajo el peso de las manzanas.

-Es que el bucle es sólo en esta habitación –aclaró Sinclair-. Lo cual incluye a lo que se ve desde ella.

-Es un bucle muy raro. –Maya ocupó su silla-. Y bien, ¿qué quieres hacer hoy?

Pasaron el día hablando de todo lo que cruzó sus mentes, practicando unos juegos de mesa que encontraron y hasta intentando cantar a dúo la melodía de la radio, aunque rieron más de lo que entonaron porque ninguno era muy bueno con su voz. Las horas transcurrieron demasiado rápidas para los dos, e inevitablemente el exterior se oscureció y así también la mirada de Sinclair, pues sabía que tendría que dejar ya a su madre. En un momento volvieron a

hallarse enfrentados, con el escritorio entre ellos, y con Maya sosteniéndole una mano al joven y acariciándola como sólo ella podía hacerlo.

La canción irrumpió una vez más en el ambiente:

-*Y el tiempo puede hacer muchas cosas...*

-¿Cómo lo hiciste, Sin? –preguntó Maya-. ¿Cómo originaste el bucle?

-Mireille y yo construimos un dispositivo –explicó Sinclair-. Este dispositivo proyecta anomalías en cualquier punto del tiempo y el espacio. Está proyectando el bucle ahora mismo, lo mantiene “con vida”; pero también sirve para acelerar, desacelerar y detener el tiempo, y para otras cosas. Aún estamos investigando, nosotros y varios más; pero de seguro sus implicancias han cambiado la Historia. Me refiero a que la Humanidad podrá lograr cosas increíbles a partir de esto. También ayudará con los viajes interestelares, pues, con un poco más de trabajo, será capaz de plegar el espacio-tiempo para que lleguemos más velozmente a cualquier lado.

-Es impresionante –admitió Maya con los ojos muy abiertos-. Y dices que no eres inteligente.

-Bueno, en verdad... Mireille y yo construimos el aparato, pero... tú lo inventaste. Tu propia tesis nos dijo cómo hacerlo.

Maya parpadeó fuertemente, estupefacta.

-¿De veras? –dijo, casi sin voz. Sinclair asintió, sonriendo con orgullo. –Oh, pues, te estaba por preguntar cómo desactivarás el bucle cuando te vayas.

-Es fácil, de hecho. Sólo tengo que pedirlo en voz alta. Mireille se encargará.

-¿Ella está viéndonos?

-Se encarga de vigilar la anomalía. No nos ha observado siempre.

-Y, una vez que la desactive...

-Seré yo quien salga por la puerta, a mi época.

-Entonces...

-¿Qué ocurre?

-Tú no eres el fantasma. Soy yo quien entra al estudio donde estás proyectando la anomalía. Soy yo quien se mete a tu presente, no tú al mío. Yo soy el fantasma.

Sinclair volvió a sonreír y besó una mano de su madre.

-Así es –confirmó-. Pero eres el mejor fantasma que ha existido. Mejoraste todo. Me atrevo a decir... que nos salvaste.

Maya se sonrojó. Y, súbitamente, ambos supieron que la hora había llegado. Se pusieron de pie y se abrazaron quizás por última vez, con tanto afán que se sintieron mutuamente los latidos.

-Sin –dijo Maya-, ¿por qué el trece de julio?

Él tragó saliva, incómodo.

-Es... es el día en que mueres –contestó-. No puedo decirte cómo ni ser más específico respecto a la fecha. Pero... verte sana y salva justo ese día es casi como evitarlo. Es difícil de explicar.

-Yo lo entiendo –aseguró Maya. Se miraron por un rato. –Gracias por venir a visitar a tu madre, Sinclair.

-Cuídate, mamá. –Sinclair respiró profundamente y cerró los ojos-. Por favor, finaliza el bucle, Mireille.

El muchacho sintió que una brisa helada recorría el estudio. Abrió los ojos: Maya ya no estaba ahí. Se dirigió a la puerta y, después de varios días, la atravesó; Mireille aguardaba ansiosa del otro lado.

-¿Estás bien? –quiso saber la mujer.

-Sí –respondió Sinclair-. O voy a estarlo. Vamos, tenemos que informar los resultados. Vaya, no sé cuán ético ha sido usar a mi madre en un experimento.

-Ha sido lo mejor que podías hacer –repuso Mireille-. Si no le contabas acerca del proyector, no sabemos si lo hubiera inventado. Teníamos que asegurarnos.

-Ahora... -Los ojos azul claro de Sinclair refulgieron- ahora el bucle se ha convertido en una paradoja...

Radio Supervivencia.

-Buenos días, audiencia, y se pueden decir buenos, ya que la temperatura en esta bella mañana es de cuarenta y cinco grados. ¡El amanecer más fresco que hemos tenido en las últimas temporadas! Apparently, el termómetro

no trepará más allá de los cincuenta grados hoy. Ojalá el resto del invierno fuese así.

Veo por la ventana de la estación que un par de valientes han decidido aprovechar esta frescura inusual para ponerse en forma corriendo. Vaya, eso no es para mí y menos desde que no hay manera de estar tranquilo en este planeta hirviente.

-Buenos días, Marcos. Oye, noto un leve pesimismo en esas palabras. Relájate: es una suerte que estemos vivos.

-Vivos y transmitiendo. Así es, audiencia, saluden a Félix, mi compañero, bueno, el mismo de todos los días. Las únicas voces que quedan en Radio Supervivencia.

-¡Los únicos que sobrevivimos! ¡Venga esa canción! Un clásico de hace unas décadas, de cuando, como suele decir Marcos, la respiración no se hacía cenizas. Tres, dos, uno y suena David Bowie con "Héroes".

Sonó David Bowie con "Héroes", y mientras tanto los dos locutores, que también se ocupaban de los controles, se abanicaron y bebieron de unas latas congeladas de las que por fortuna seguían disponiendo. Luego volvieron al micrófono.

-Quiero oír otros pensamientos, quiero oír algo más. ¿Quién queda suelto por allí en el Apocalipsis? Comuníquense al 0-7-964 y cuéntenos qué tal los trata el infierno.

-Ey, parece que hay alguien ahí, en medio del cosmos ígneo. ¿Diga?

-Hola, soy Mercedes. Los escucho todos los días... desde que empezó esto. Son una buena compañía en tiempos difíciles.

-Al gerente le hubiera gustado oír eso. Bueno, en cierta manera nosotros somos los gerentes ahora. Y nos gusta oírlo.

-Acerca de la pareja de corredores, vamos, ¿a quién le gustaría sentirse así de vivo en la actualidad?

-Jaja. Ésa es buena, Mercedes. ¿Querías compartir algo más?

-No, eso es todo. Tal vez otro día vuelva a llamar.

-Te agradecemos. Ten cuidado. Bien, ahí se va Mercedes y... ¿a quién tenemos por aquí? ¿Hola?

-Soy Tony, el antiguo reportero.

-¡Tony Ramos! ¡Hombre, qué placer oírte! ¿En qué andas?

-Parece que reportando, Félix. Oigan, acabo de ver a esa pareja...

-Se han convertido en los protagonistas de nuestra mañana.

-... y no creo que estén precisamente corriendo. No para hacer deporte, al menos.

-¿De qué hablas, Tony?

-Están yendo directo a la zona de los refrigeradores.

Se produjo un silencio.

-Y... ¿qué crees que quieran hacer? ¿Pensaste algo? La audiencia sabe que eres listo. Te escuchamos.

-Está prohibido ir a la zona de los refrigeradores. Se trate de lo que se trate, es ilegal. Hay que respetar las pocas leyes que nos quedan.

-Alguien debería contactar a las fuerzas de seguridad y notificarles. El común de los ciudadanos no puede, pero si alguien de mayor rango está prestando atención, por favor llame a alguna autoridad y dé aviso.

-Última noticia, entonces: hay dos personas dirigiéndose a la zona de los refrigeradores. Deben ser detenidos, puesto que actúan contra la ley. Tony, ¿puedes cubrirlo?

-Seguro, Félix. No es que haya mucho más para hacer en estos días.

-Bien. Mientras seguimos esta historia paso a paso, continuaremos recibiendo llamados y reproduciendo la música del fin del mundo. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

-Em, creo que sigue siendo un mundo, sólo que ya no es el de antes. Soy Ezequiel, busco el Refugio Trece, ¿recuerdan dónde está? Tengo que llevar mercadería y me he perdido.

-Igual que el resto de la Humanidad en este calor endemoniado. Veamos, Ezequiel, el Refugio Trece se encuentra en Calle 503, en el número veintisiete. ¿Sabes dónde es?

-Oh, sí, claro que sí. Gracias, Marcos.

-Gracias por llamar, muchacho. A continuación, la prometida música, canciones que nunca fueron éxitos, tal como los acuerdos climáticos internacionales. Y suenan... ahora.

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

